

» Los templos están al cuidado de unos sacerdotes llamados talapuinos, que llevan largos trajes amarillos y, como signo de dignidad, abanicos de hojas de palmera. »

— ¿ No desea V. ver tantas maravillas ? preguntó Iván poniendo fin á su lectura.

— Sí, pero siga V. leyendo, contestó Miguel que miraba por encima del hombro de su compañero.

« Por desgracia, en torno de esos suntuosos edificios reina la más repugnante suciedad : en el lodo se refocilan bandas de perros vagabundos, de gansos y cerdos y hay barrios que exhalan olor nauseabundo. »

— Es apetitoso, añadió el argelino riéndose.

— ¿ Qué importa esto cuando se viaja ? contestó su compañero. Además, oiga V. lo que dice el libro sobre las cuadras.

— ¿ Cuadras ?

— Sí.

« No contienen caballos, sino elefantes domesticados, educados para la guerra y que hacen en consecuencia el ejercicio ; hace cincuenta ó sesenta años hubo hasta seis mil de estos animales en los dos ejércitos combatientes. »

— Ya hemos visto elefantes trabajando, replicó Miguel, cosa tan interesante como el ejercicio.

« También hay elefantes blancos, siguió leyendo el joven ruso, sin que la visible indiferencia de Miguel le desconcertase. Estos animales son sumamente raros. En el reino de Siam creen que en sus cuerpos se ha alojado el alma de un gran rey y les tributan honras extraordinarias. Tienen rentas, y los días de fiesta llevan, como los grandes personajes, quitasoles de muchas varillas. Cuando el viajero francés Dumont d'Urville visitó esas cuadras, contenían seis elefantes blancos. Cada uno ocupaba un establo se-

parado y tenía diez mozos á su servicio. Los colmillos de los machos estaban adornados con campanillas de oro y en lo alto de la cabeza ostentaban una redecilla de mallas de perlas. »

— ¿ No le gustaría ver esos animales ? agregó Iván, parándose otra vez.

— Nosotros no somos almirantes, como Dumont d'Urville, contestó riéndose Miguel, y es de temer que no nos enseñen esas curiosidades. Por esto prefiero ir á Saigón, colonia francesa, donde espero encontrar ocupación.

— Iré yo solo, pero esto no impedirá que nos digamos adiós como buenos amigos, dijo Iván tendiendo su mano á Miguel, que la estrechó cordialmente.

XC VII. — SAIGÓN Y LA COCHINCHINA.

Saigón es la capital de la parte del *Cambodge* que se llama en la actualidad *Conchinchina francesa*.

Este reino, formaba antiguamente parte del *imperio de Annam*, lo mismo que el *Tonkín*.

Á fines del siglo XVIII fueron á Cochinchina unos oficiales franceses, contratados por el emperador annamita de entonces, instruyeron y disciplinaron el ejército del país, construyeron castillos en *Hué*, en *Saigón* y el *Tonkín*, crearon fábricas de cañones, y ayudaron al soberano á librarse de sus enemigos.

Mucho más tarde ocurrió que unos cristianos que habitaban el *Annam* fueron perseguidos por las autoridades, y el gobierno francés mandó barcos de guerra á exigir satisfacción. Uno de ellos, el *Catinat*, se apoderó de las fortalezas de *Turán*, cerca de *Hué* y obligó al emperador *Tu-Duc*, que reinaba entonces, á pedir la paz y abandonar á Francia tres provincias

del *Cambodge* y además la *isla de Poulo Condor*, situada á escasa distancia de la tierra. El gobierno asiático no cumplió y andando el tiempo los franceses lo obligaron á cederles tres provincias más.

Las seis reunidas forman la *Conchinchina francesa*.

Saigón está situada á orillas de un río de no gran caudal que está unido por medio de un canal con otro inmenso, el *Mekong* que baja de las montañas del *Tibet*, atraviesa la *Indo-China* con distintos nombres y va á desembocar en el mar Amarillo.

Dicha capital era ya en el siglo último una ciudad muy poblada y mercantil, y se la consideraba como uno de los graneros del *Annam*.



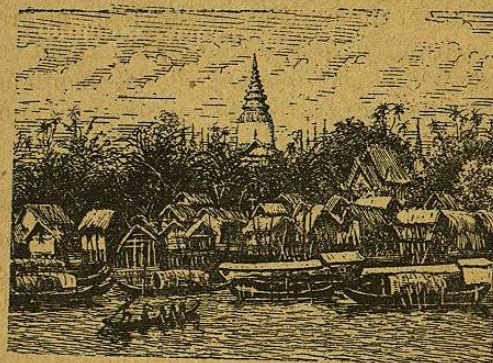
Monumento á orillas del Mekong.

Está situada efectivamente en una llanura muy fértil, que da sobre todo mucho *arroz*, alimento principal de los habitantes del *Annam*, de la India y de la China; en su puerto caben número considerable de buques.

Si Miguel hubiese pasado por *Saigón* veinte y cinco años antes, su vista y su olfato habrían experimentado las mismas sensaciones que, según la noticia de Iván, son comunes y corrientes en ciertos barrios de *Bangkok*. En *Saigón* se encontraban efectivamente los sitios más malsanos y asquerosos de la tierra. La ciudad estaba rodeada de pantanos que hacían muy peligroso habitarla; pero la administración francesa ha secado esas lagunas y ha abierto anchas avenidas plantadas de árboles, para reemplazar las estrechas é infectas callejuelas.

Esto no impide que la capital de *Cochinchina* siga

siendo muy pintoresca, gracias á las embarcaciones que llenan el río, á sus casitas blancas sostenidas por pies derechos y á la abigarrada multitud que se agolpa en las calles y muelles.



Aldea á orillas del Mekong.

Exploración del Mekong. — Hace unos veinte años, el gobierno francés mandó una expedición científica, dirigida por el comandante *Lagrée*, á reconocer el curso del *Mekong*. Esta expedición, de que formaba parte el teniente *Francisco Garnier*, tenía encargo de subir río arriba para ver si todo él es navegable, lo cual hubiese dado gran importancia á la colonia de *Conchinchina*. Desgraciadamente no se reconoció sino la parte del *Mekong* donde abundan las *rautas* y las cascadas. La expedición duró dos años y pasó trabajos tales que su jefe murió sin volver á Francia. Entonces se descubrieron ruinas de monumentos magníficos, prueba cierta de que esas regiones, hoy casi salvajes, fueron habitadas en otro tiempo por pueblos muy adelantados.

XCVIII. — NUEVO EMPLEO.

Todo el mundo sabe cuán difícil es encontrar trabajo en una ciudad donde no se conoce á nadie; y Miguel, que llevaba allí varios días ya, seguía sin ocupación, cuando al pasar una mañana por el barrio europeo, leyó casualmente un anuncio redactado en español, que decía.

« Una familia de Manila desea para viajar, un in-

térprete que sepa el español, el francés, el inglés y el alemán. »

— Esto me conviene, pensó Miguel.

Apresuróse á ir á la fonda indicada en el anuncio, y lo presentaron á la Señora Rodríguez de Vega, que empezó por someterlo á un ligero examen con el fin de ver si sabía el español.

Miguel no había ovidado por suerte suya, nada de lo que aprendiera siendo niño. Además, en sus viajes por mar y en Bombay tuvo diversas ocasiones de hablar español; gracias á esto, salió victorioso de la prueba.

Entonces la señora Rodríguez llamó al encargado de la fonda, que sabía francés é inglés y, con ayuda de unas palabras francesas que ella conocía, le rogó que examinase al joven. Miguel contestó satisfactoriamente y al instante fué aceptado.

El Sr. Rodríguez de la Vega tenía en Manila un buen empleo, en la fábrica real de cigarros allí establecida, donde trabajan doce mil obreros. El y su mujer habían ido á Saigón á esperar á su hijo Pedro, joven de doce años, que llegaba de Europa.

El niño había vivido hasta entonces en Madrid para hacer sus estudios, bajo la custodia de su abuelo; pero habiendo muerto éste, el Sr. Vega mandó buscar á su hijo. Al llegar á Saigón nuestro pequeño viajero, donde debía embarcarse para Manila, cayó enfermo. Los médicos declararon que había sido muy imprudente hacerlo salir de Europa en aquella época del año (empezaba Junio y el calor era extremado) y aconsejaron que lo sacaran de Saigón apenas estuviera en situación de soportar el viaje. No era posible que volviera á España; pero sí enviarlo á pasar el verano más al Norte, en *Shang-hai*, ciudad de China ó en *Yokohama*, capital del *Japón*, y esperar un tiempo más propicio para lle-

varlo á Manila, con objeto de que escapase á los peligros de la aclimatación.

El Sr. Vega consideró muy prudente el consejo; pero como tenía que volver á Manila para sus negocios, quedó convenido que el niño viajaría solo en compañía de su mamá y que el padre iría á buscarlos donde estuviesen al fin de la temporada.

Por desgracia, el buque de la compañía francesa de las *Mensajerías marítimas* que hace el servicio entre *Marsella* y *Shang-hai* con escala en Saigón, había pasado dos días antes; el siguiente debía tardar quince días más. Así fué que la Sra. de Vega se decidió á embarcarse en un pequeño barco que salía al día siguiente para *Hai-pong* puerto del *Tonkín*, donde le sería fácil pasar á *Hong-kong* primero y á *Shang-hai* después.

El preceptor de Pedro, joven muy instruído que lo había acompañado hasta Saigón, se puso á su vez enfermo, de tal gravedad que no se podía pensar en embarcarlo. Entonces la señora de Vega, después de tomar las medidas necesarias para que el maestro de su hijo no careciese de nada, tuvo que buscar alguien que lo sustituyese, por lo menos en parte de su cometido, esto es, en la que consistía en servir de intérprete en los puntos donde se parasen.

XCIX. — EL TONKÍN.

Entre los pasajeros del *Donai* (nombre del río que pasa por Saigón, y también del buque en que tomó pasaje la familia española) iba un sargento encargado de custodiar una suma importante que el gobernador de la *Cochinchina francesa* mandaba al comandante de la fortaleza de *Hanoi*, capital del Tonkín, destinada al pago de la guarnición.

El *Tonkín* es una colonia francesa, y su conquista

ha exigido una guerra reciente que duró varios años.

El sargento estuvo en ella y hablaba gustoso de sus recuerdos.

Resumiremos el pequeño resumen histórico que hizo de la campaña en sus conversaciones con Miguel y Pedro.



Pabellones negros.

El *Tonkín* formó primeramente parte del *Imperio chino*; después se constituyó en reino independiente hasta 1802, época en que se apoderó de su territorio el *emperador de Annam*.

Lo atraviesa un río llamado *Song-koi* ó *río Colorado*.

En 1872, un comerciante francés, el Sr. *Dupuis*, que residía desde años atrás en *Han-keu*, punto de la *China meridional*, tuvo la idea de abrir al comercio europeo la navegación de ese río. El Sr. *Dupuis* obtuvo del gobierno francés un pequeño barco, y con otros cuatro que compró en *Hong-kong*, bajó el *Song-koi* y lo volvió á subir para conven-

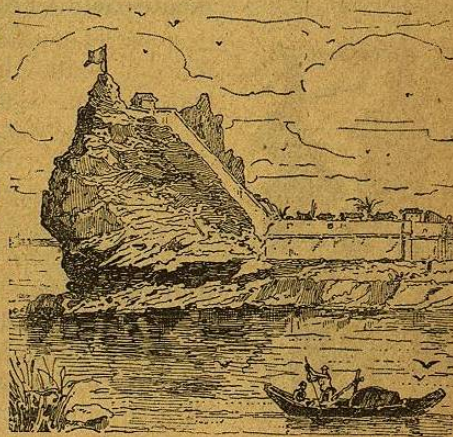
cerse de que era navegable en todo su curso. Parecía lícito esperar que el *Tonkín* iba á poseer una nueva vía navegable, que permitiría sacar partido de sus riquezas tanto mineras como de otra clase, abundantes en las provincias del norte; pero esto no convenía á los *mandarines annamitas* que gobernaban el país en nombre de su emperador y que sa-

caban el jugo al pueblo haciéndole pagar impuestos injustos.

Habiéndose aliado con los *Pabellones Negros* que, expulsados del *Celeste Imperio*, se habían refugiado en el *Tonkín*, al mando de su jefe *Luh-Vinn-Fuoc*, trataron de oponerse á los proyectos del Sr. *Dupuis*, y atacaron *Hanoi*, que el lugarteniente del negociante defendía. Fueron rechazados.

Al año siguiente, el gobierno francés mandó al

teniente de navío *Francisco Garnier*, el mismo que había tomado parte en la expedición del *Mekong*, para que ocupase *Hanoi*, de nuevo en poder de los *annamitas*. *Garnier* tomó la ciudadela de dicha ciudad, y



Fortaleza de Nin-binh.

las de *Nin-binh*, *Hai-dzuong* y *Nam-dinh* en veinte días; pero los *mandarines* lo atrajeron á una emboscada, con pretexto de tratar de la paz y lo asesinaron.

Nueve ó diez años más tarde, en 1882, el capitán de navío *Enrique Rivière* pasó á su vez al *Tonkín* y murió allí también por traición. Lo reemplazó el general *Bouet*, comandante de la división naval de *Saigón*.

En este momento, los franceses tenían que habérselas, no sólo con *Tu-Duc*, emperador de *Annam*,

sino también con los chinos cuyo apoyo solicitó éste y que se lo habían concedido, por no convenirles la vecindad europea.

— Lo que debía hacer penosa esa guerra, añadió el sargento, no era el valor ni el número de los enemigos, sino la naturaleza del terreno en que había que combatir.

Allí todo se vuelve *arrozales*, llanuras inundadas, cortadas por canales, atravesadas por estrechos diques por donde no puede pasar la artillería. El te-



Combate en los arrozales.

rrastraran, con el agua y el lodo hasta media pierna en ocasiones. Las calenturas y la disentería atacaron á los soldados, y no hay valor que pueda luchar con las enfermedades. ¡Qué tormentos pasaron! Sin embargo, se logró tomar Sontay. Los generales *Brière de l'Isle* y *Négrier* izaron más tarde su bandera en los miradores de *Bac-ninh* y de *Hong-hoa*, arrojando de estas ciudadelas á los chinos.

Al mismo tiempo, una escuadra francesa mandada por el almirante *Courbet* destruía los barcos chinos y el arsenal de *Fu-tcheu*, ocupando las *islas Pesca-*

rrano es tan blando y húmedo que los cañones se hundían en él como en manteca. Los caballos no podían moverse en suelo semejante. Para transportar los cañones era preciso que los hombres los

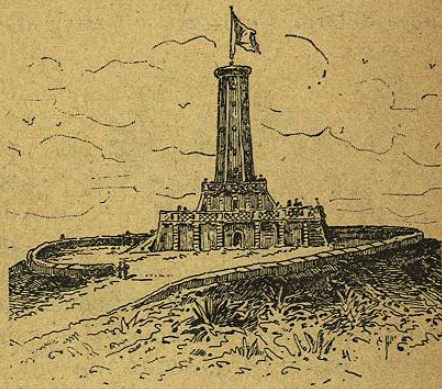
dores, situadas en el estrecho de *Formosa*, entre esta isla y China.

El gobierno de Pekín no es guerrero y deseaba la paz vivamente. La primera vez fracasaron las negociaciones por causa de su deslealtad; pero se las continuó el año siguiente y al fin se firmó en *Tientsin*, cerca de *Pekín*, un tratado que terminó la lucha.

Actualmente Francia posee el Tonkín, teniendo que combatir sólo al clima que no tiene nada de salubre; pero poco á poco ocurrirá allí lo que en Saigón. Los trabajos de saneamiento ejecutados por la administración francesa mejorarán ese estado de cosas. Á la vez que la suciedad, irá desapareciendo la miseria, y con ellas las enfermedades de que son causa.

¡Cuántas riquezas dará en cambio ese país! ¿Qué falta en él? Las montañas contienen *hierro*, *plata*, *cobre*, *antimonio* (metal que se emplea en la fabricación de letras de imprenta) y *Kaolín* ó tierra para porcelana. En los bosques abundan los más preciosos árboles, el *teck*, el *bambú*; en la llanura el *arroz*, el *algodón*, el *maíz* y los *frutos* más diversos.

Miguel traducía fielmente á Pedro lo que éste no comprendía bien en las relaciones del sargento.



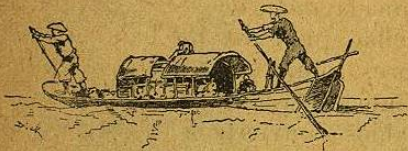
Mirador de Sontay.

— Ahora me sé el Tonkín de memoria, decía el pequeño español, y el país me interesará mucho más aún cuando lo recorramos.

En efecto, Pedro manifestó casi tanta alegría como Miguel al ver flotando en los castillos y edificios de *Hai-fong* la bandera francesa.

C. — EN SAMPANG.

— Cuando desembarqué aquí por primera vez, dijo el sargento cuando el *Donai* penetraba en el brazo del río *Colorado*, en cuya desembocadura se



sampang.

encuentra *Hai-fong*, no había ahí sino un grupo de chozas de caña, con techos de hoja llamados *pajotas*. La única

casa europea era la *Concesión francesa*: se daba este nombre á los edificios construídos en el territorio *concedido* á Francia, con permiso de establecerse en él; pero, según ven Vds., en los últimos diez años se han construído aquí algunas lindas habitaciones blancas, cubiertas de tejas caladas, al estilo chino. En cada viaje que hago (y este es el séptimo) descubro algunas más. Dentro de otros diez años nadie conocerá esto.

Al llegar á *Hai-fong*, los viajeros se embarcaron en un *sampang* para ir á *Hanoi*, que se encuentra río arriba un poco más lejos, pues el *Donai* no debía pasar de *Hai-fong*.

Los *sampang*s son unos barcos planos, cubiertos con una especie de toldo como las tartanas. Los dirigen dos hombres, que permanecen en pie y que llevan en la cabeza unos sombreros de goma laca

análogos á una bandeja ó fuente vuelta hacia abajo. Algunos de esos barcos sirven de habitación á sus propietarios, que pasan allí la vida en compañía de sus perros, de sus gallinas y cerdos, cuando son bastante ricos para tenerlos.

El que había tomado la familia Vega era guiado por un annamita y su mujer, ambos de pequeña estatura, de color amarillento, y ojos oblicuos, repugnantes de aspecto, á fuerza de abusar del *betel*.

Se da este nombre á una planta cuyas hojas mastican los habitantes de Conchinchina. Su sabor es tan acre, que para suavizarlo, le añaden cal y otra sustancia vegetal, llamada *nuez de areca*, formando así una droga horrible que todos los habitantes de Indo China, hombres, mujeres y hasta las niñas tienen constantemente en la boca: su acción sobre las encías y los labios convierte á la boca en un agujero negro ensangrentado. Aunque Miguel y sus dos compañeros hubiesen visto ya en Saigón gentes que mascaban betel, no podían fijar la vista sin horror y repugnancia en los que se entregaban á esta deplorable práctica, y miraban más bien á los chiquitines que jugaban con sus peonzas ó trompos en el fondo de la barca. Según parece, este es un juego universal.

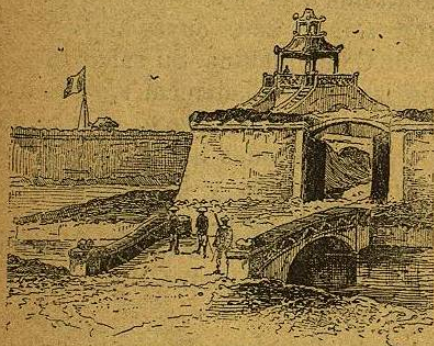
En efecto, tan feos son los annamitas llegados á la edad de hombre, como bonitos los niños. Sus cabezitas redondas están afeitadas, con excepción de una pequeña borla que les dejan en la coronilla, y que con frecuencia adornan con guiraldas de flores blancas.

CI. — HANOI. — EL BAMBÚ. — EL MERCADO.

En la travesía por el río Colorado, desde *Hai-fong* hasta *Hanoi*, pudieron Miguel y Pedro darse cuenta

de los obstáculos de que había hablado el sargento. Todo se volvía arrozales medio sumergidos y cruzados por canales infinitos, que desde la expedición franco española de Cochinchina llaman *arroyos*. No hay caminos, sino á lo más, estrechos senderos que se reunen por medio de ligeros puentes de bambú.

Aunque los edificios de Hanoi no tienen nada de notable, la ciudad está bien construída, con piedra y ladrillos; el empedrado de las calles es de mármol; hay hermosos paseos, y un dique de mampostería la protege contra las inundaciones.



Castillo de Hanoi.

Además, en ella se cultivan las artes, las letras y la industria, y allí se fabrican muebles esculpidos é *incrustaciones*.

Incrustación. — Se da este nombre á un trabajo de adorno que consiste en abondar una superficie cualquiera, para introducir en vez de las partes quitadas, una materia diferente, que forma dibujos sobre la primera.

— Hanoi es un pequeño París, dijo el sargento, que se había encargado de los dos muchachos mientras la madre de Pedro descansaba en el hotel.

— ¡Cuánto chino, cuánto chino! exclamó el pequeño español, viendo el número considerable de personas de larga trenza que se paseaban por las calles.

— Sí, hay muchos; á pesar de lo grande que es

el Celeste Imperio, pues ocupa casi la cuarta parte de Asia, parece que sus ciudadanos no tienen bastante. Todo lo invaden y en Manila verá V. tantos como aquí. Los mejores negocios están en sus manos, y precisa reconocer que entienden el comercio y la industria superiormente, sobre todo mejor que los tonkineses. No es que éstos sean perezosos, pero se limitan á cultivar los jardines, que les dan cuanto les hace falta, incluso el betel, de que no pueden prescindir. En los arroyos encuentran pesca abundante, y el *bambú*, la providencia del Asia meridional, les suministra habitación, muebles, utensilios, instrumentos y hasta armas defensivas.



El mercado de Hanoi.

— ¿Armas defensivas? preguntó Pedro.

— Ya lo creo. Hacen empalizadas con las cañas de bambú que están erizadas de fuertes espinas, por lo cual constituyen excelentes trincheras, en que los chinos nos han presentado muchas veces vivísima resistencia.

Bambú. — Planta que se produce en las regiones cálidas y húmedas de la India, de la Cochinchina y de la China. Sirve para la construcción de casas y muebles. Con su corteza se hacen techos y cestos; los chinos la emplean para fabricar papel, se la exporta en

grandes cantidades para Europa, donde la emplean en ebanistería. Es uno de los vegetales más útiles que se conocen.

Era día de mercado en Hanoi. Al atravesar la plaza donde se celebra, el joven español se fijó en multitud de frutos que Miguel conocía ya por haberlos visto en los países tropicales, pero que eran nuevos para Pedro. Eran *jaques*, *chirimoyos*, *mangostas*, *pamplenas*. Hubo que comer de todo. ¡Qué frescura, qué aroma, que delicada pulpa! ¡Y las legumbres! Cuantas en los climas europeos suceden según la estación del año, estaban reunidos allí al mismo tiempo, con profusión y abundancia desconocidos en Europa. El agua se venía á la boca. Pero había otras cosas que nuestros mozos no miraban sin repugnancia, los gusanos de seda fritos, los pulpos secos, los pedazos de huevo duro confitados en cal y las colas de caimanes. Otra cosa que los divertía mucho era la cantidad de piezas de moneda annamita que era preciso *enhebrar* para comprar la menor cosa. La palabra que conviene es efectivamente ésta pues los *sapeques* (nombre de dicha moneda) son de zinc, con un agujero en medio, y los enhebran en un hilo de junco. Se necesitan 600 para formar una *ligadura*, esto es, *veinte centavos*, treinta sapeques por cada uno.

Pero esta moneda no va á tardar en desaparecer, lo mismo que el *tael*, otra moneda usada en Annam y que vale siete francos trece céntimos. Pronto usarán allí la moneda de Francia, más fácil de contar y de transportar.

Al día siguiente se hacía á la vela para *Hong-kong* un pequeño buque de vapor, la *Gaviota*; había que andar de prisa para no perderla. Fué necesario volver á tomar el sampang, con alegría de Pedro, aunque no de su madre, pues la embarcación es incómoda. Cuando llegaron al puerto, la *Gaviota* iba á

hacerse al mar. Nuestros amigos no tuvieron tiempo más que para decir un cariñoso adiós al buen sargento y embarcarse de prisa.

CII. — EN LA « GAVIOTA ». — EL TIFÓN.

La rada está llena de numerosos champanes chinos y annamitas, de puntas subidas á manera de media luna, cuerdas y velas hechas con fibras de corteza de bambú; además, se ven algunos buques de vapor en que ondea el pabellón amarillo triangular del Celeste Imperio. Entre ellos circulan multitud de embarcaciones menores.

— La primera vez que vine aquí, dijo el segundo del barco á los dos jóvenes, estaba la bahía infestada de *piratas*. Los bandidos tenían barcos que sabían dirigir perfectamente y paraban á cuantos buques de escaso porte pasaban por aquí. Erá preciso tener siempre cargado un cañón y sobre todo no dormirse.

— ¿Y ahora? preguntó Pedro.

— Ahora no, pues los franceses han dado á esos ladrones caza asidua, destruyendo sus guaridas en las costas, quemando sus barcos y ejecutando en Hanoi á sus jefes. Actualmente este mar es libre.

La *Gaviota* era un *barco mixto*, es decir, que podía andar sirviéndose del vapor y de la vela. Como el viento era favorable, el capitán lo aprovechó para ahorrar carbón. El buque hizo vela hacia el sur para doblar la isla de *Hainán*, por ser demasiado peligroso el estrecho que la separa de China.

Así pasaron las *islas Paraceles*, poniendo luego rumbo al norte, á fin de penetrar en la desembocadura del *rio de Cantón*, donde está situado *Hong-kong*, cuando de pronto se oyó en las velas un ruido seco. El capitán las miró y examinó además el ho-